

LOS QUE ENCONTRE EN EL CAMINO

Víctor Català



No se cuando sonó por primera vez a mis oídos el pseudónimo de la, por tantos conceptos sorprendente, autora de «Solitud», pero el impacto lo recibió mi espíritu a los 15 años, al caer en mis manos, temblorosas de curiosidad, el número extraordinario que la añorada revista gráfica «Il·lustració Catalana» dedicó a los «Jocs Florals de Barcelona» del año 1917. En la primera página, una fotografía de los mantenedores: José Franquesa y Gomis, Mosén Gudiol, Manuel Rodríguez Codolá, Manuel Folch y Torres, Mosén Riber y Víctor Català, que los presidía; en la segunda página, un fragmento del discurso presidencial de Víctor Català, y, en tercera página, un magnífico retrato de la misma insigne mantenedora, en el cual se me antojaba de una edad ya propecta. El nombre de Víctor Català quedó inscrito ya para siempre en el catálogo de mis admiraciones. Entonces era yo un tierno adolescente, estudiante de Humanidades — digámoslo

con el lenguaje de la época —, estudiante de Retórica y Poética. Quién habría podido decirme entonces que yo, lector del magnífico discurso de Víctor Català, que glosaba de una manera magistral los conceptos de «civismo y civilidad», sería, años más tarde, «leído» y «comentado» por la ilustre escritora...

Víctor Català, nacida Catalina Albert Paradís en La Escala, el 11 de septiembre de 1869, falleció en el mismo bello rincón de la Costa Brava el 27 de enero de 1965. «Víctor Català ha muerto — dijo Angel Marsá — rodeada del mismo paisaje que la vio nacer: del mismo paisaje y de la misma intimidad». Pocos son los escritores que, como ella, casi centenaria, pueden morir en el mismo lecho que oyó sus primeros vagidos. El pueblo de La Escala se dio cuenta de la fidelidad que le conservó aquella ilustre hija, que desde aquel recóndito escenario proyectó espiritualmente a muy lejanos horizontes. Por esto su en-

tierra fue — en esta ocasión la frase no es ningún tópico — una imponente manifestación de duelo popular.

Cuando, al cumplir 93 años, fue objeto de un homenaje de toda Cataluña, decía con su habitual simplicidad y como queriendo restar importancia al hecho: «Ya lo ve otro homenaje, por el sólo «mérito» de cumplir 93 años».

Además de presidir los citados «Jocs Florals de Barcelona», anteriormente evocados, intervino en muchos otros certámenes literarios, ora formando parte de Jurados, ora en calidad de laureada. Ya en 1909, su famosa novela «Solitud» obtuvo el Premio Fastenrath en los mismos «Jocs Florals de Barcelona».

Sus obras, principalmente «Solitud», han sido traducidas a varios idiomas. Por cierto que dicha novela gozó de una versión poco corriente, y el hecho es escasamente conocido. En 1913 una joven sabadellense, Dolores Miralles — hoy Directora de la Academia de su nombre, en su ciudad natal, y que goza de una honorable senectud —, especializada en Estenografía, concurrió a la Sección Estenográfica de la Exposición de Leipzig con tres copiosos trabajos estenografiados: en catalán, en castellano y en francés. Las tres obras escogidas fueron: «Solitud», de Víctor Catalá, «Cartas a las Mujeres de España», de Martínez Sierra, y «Lettres», de Madame de Sévigné. La versión estenográfica de «Solitud» valió a la señorita Miralles una perenne amistad de su insigne autora, como lo acredita el nutrido epistolario que de ella conserva. Dicha versión estenográfica, debidamente encuadrada, se conserva en el archivo de dicha Academia.

En 1923 Víctor Catalá pasó a ser miembro de la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona.

Sus principales obras son: «El cant dels mesos», libro de poemas publicado en 1901; en el mismo año publicó «Quatre monòlegs», en verso; en 1902, «Drames Rurals»; en 1904, «Solitud» y «Ombrívols»; en 1905, otro libro de poemas, «Llibre Blanc»; en 1905, «Caires vius»; en 1919, la novela, en tres volúmenes, «Un Film»; en 1920, «La Mare Balena»; en 1930, «Contrallums»; en 1949, «Vida mólta», y en 1951, «Jubileu»...

La Biblioteca Perenne publicó sus «Obres Completes», precedidas de un interesantísimo prólogo de Manuel de Montoliu.

En 1944 Víctor Catalá publicó una antología narrativa en castellano, titulada «Retablo», inferior, naturalmente, a su prolífera producción catalana, ya que en ésta, la riqueza de léxico directo, vivo y expresivo, en el que habla la tierra ampurdanesa, hecha carne, no tiene parangón con el de ningún otro escritor ampurdanés.

En sus obras completas, publicadas en 1951, faltan varias de sus obras, páginas inéditas todavía, muchas de ellas.

El estilo de Víctor Catalá es un estilo varonil, lleno de contrastes. Los lectores de sus pri-

meras obras, que no sabían exactamente quien se ocultaba detrás de este pseudónimo — se tardó mucho en saber su identidad —, pensaban que estaban leyendo las páginas de un hombre. Contrastaba la crudeza de su realismo con la delicadeza femenina y las virtudes que adornaron a Catalina Albert a lo largo de su prolongada vida. Hija de propietarios, escuchó a pesar de esto, el sordo clamor del alma popular, huraña y apasionada. Diremos, identificados con Angel Marsá: «El mar, la tramontana: he aquí los elementos básicos de este universo fascinante que Víctor Catalá ha creado en millares de páginas prodigiosas. Pescadores, campesinos o pastores, hombres de la montaña o del llano, mujeres erguidas y difíciles, toda una sucesión de tipos insertos en el paisaje, enraizados a la tierra o gozosos de la aventura marinera, desfilan por estas páginas candentes y absolutas, repertorio impar en el conjunto de las letras hispánicas, fundamental dentro la narrativa moderna catalana».

Hay en la obra de Víctor Catalá lo que Manuel de Montoliu, en el prólogo a sus «Obres Completes», califica de tendencia fatalista y pesimista, y dice que es algo innato en la autora y que ella se nos muestra perfectamente consciente de esta tendencia, puesto que en las palabras preliminares que puso en su obra «Ombrívols» — este título es ya toda una revelación — habla de su tendencia a mirar la vida «pel costat reservat a l'ombra». Pero yo me atrevo a decir que esta tendencia innata no se habría podido desarrollar sin un ambiente propicio y sin un espíritu profundamente observador de dicho ambiente.

Por un plebiscito unánime de todas las épocas que se han ido sucediendo desde su revelación, la obra de Víctor Catalá ha resistido al empuje de las olas de todas las modas y tendencias.

Se ha dicho que sus poemas son inferiores a sus narraciones. De acuerdo: no puede haber parangón, ni por la calidad ni por la cantidad, entre unas y otras. Pero yo afirmo que, en el marco de la época, en los umbrales del novecentismo, sus poemas revelan una recia personalidad lírica y se yerguen como un puente entre éste y el ochocentismo en el ocaso. Cuando Víctor Catalá publicó su primer libro — de poesías precisamente —, «El Cant dels Mesos», fue justamente un año antes de la muerte de Verdager, y aquella genial escritora — precisamente por genial y personalísima — escapa a la corriente de imitación del genio creador de la «Atlántida», de la que pocos se habían librado antes de la irrupción del novecentismo acaudillado por José Carner y dirigido por Eugenio d'Ors. Además, su poesía parece como si fuera una — deliberada o instintiva ¡quién sabe! — evasión del mundo tenebroso en que navegaba su ingenio. Hay en ella resplandores de luz religiosa, centelleante, salidos tal vez de la misma tierra empapada de cristianismo que meció su cuna y ha recibido sus despojos bajo el signo de la cruz.

Prud. Mm. Caracil Feij.

Sabadell.

Senyor; abans que tot, joig elau,
dels mires de rigor, vaja una gran
una profunda reverencia. Nos' escan
gaire sovint, arant pi' l'noia, de
topar ab un poeta. Ho, com una
joia miy en mit de granys recorts, vint
tenir la sort d'emportar-me' a de Sabadell,
el 30 de May, un de tant en
l'arqueta iborina d'un llibre.

No's tractava d'un poeta-actiu, d'un
simili-poeta o d'un poeta en lava,
sinó d'un senyor, d'un veritable poe-
ta de carter, en possessio de tots los
recursos y en ple domini de les seves

admirables facultats.

Grave dignesa y propietat de l'epica!
Grave originalitat y elegancia d'imat-
ges! Graciosa tan natural y tan aca-
nyorats allora! Grava fluencia, fresca
y lucida d'inspiracio, ben nodrida
de clàssichs, però d'imaginació y
d'una gracia, absolutament ultra-
moderna!

És bon llibre es un ver tonica per a
legidors devots, però un llibre de veritat
es un tonica per a un senyor com -
vostre' un llibre d'empresari.

Senyor! En virtut d'un gran en-
lluera amant, heu abel miy alt
respecte y abtat agralment

la miy gran deb preparer tan mi-
gigues medicins reconfortants y gr' he
dequats honorar-me, donant-me' un tract
en enllera de plata.

Caracil Feij

P.D. Nota seguda per v. me' a madona
per, ab la seva expulsió de l'escuela, un
altre dia una proemta d'una carta d'el
font significat d'alguns vers, belliss-
ims, però, per mi' de tot descomulgats, ja
he trobat en "Hortoris y Plats".

Nota li havia escrit, mes aviat, perquè un
dijumenge per v. estava molt enfeinat du-
rant els passats dies. Com, ensems, no
concebia bi la seva adreça, he presat
a l'illustrada senyoreta Emma Roman,

la qual haviaigut a recullir un album
per mi' havia confiat, tingues la bondat
de ferli a miy aquestes ratlles. Heu per
la bell argament, ab aqueixa amable
senyoreta, dels versos de v. bella ke' a tant
orgullota, com a bona sabadellena y jo,
com a catalana y modest escola d'auca
de greus. M'apar, no se perquè, que el
sea llibre, a mes de tot, un durà bon
estroncancia. Ajo's mey ferdun y a
graciosa al autor Per me' miy any!

Circumstancies independent de la meua
voluntat van estancar aquesta última tan-
ta escrita, si un dia tinc la satisfac-
cio de postar ab v. ja hi explicare' el
motiu. Entre tant, deigui' dispensar l'apa-
rent desatençio.

Carta de VÍCTOR CATALÁ, al autor de este trabajo



Mantenedores de los "Jocs Florals de Barcelona 1917"

J. Franquesa y Gomis, Mn. Gudiol, M. Rodríguez Codolá, Mn. Folch y Mn. Ribes, presididos por VÍCTOR CATALÁ, dictando el veredicto

También cultivó el dibujo, y, si lo hizo como una simple aficionada, no pocas veces se revela en sus producciones como una profesional que habría podido dar mucho, pero mucho, en este campo que no hizo más que atravesar. En 1950 se publicó un volumen titulado «Els dibuixos de Víctor Catalá», con texto de Joaquín Folch y Torres, que venía a celebrar, como expresa el prólogo, las Bodas de Oro de la vida literaria de la polifacética escritora. Elisabeth Mulder, en la Vanguardia del 2 de febrero de 1966, escribía, hablando de este libro: «¡ Cuánta ternura y cuánta gracia, cuanto humorismo y cuánta ironía en estos dibujos seguros, trazados por unas manos expertas en fórmulas modernistas! ».

Víctor Catalá, a pesar de vivir apartada de peñas y cenáculos, mantuvo relación constante con los hombres de su tiempo: Oller, Guimerá, Matheu, Maragall, Ruyra, Bertrana... y con hombres posteriores. Muchos somos los escritores catalanes que un día u otro tuvimos relación con ella, ora con ocasión de alguna de las efemérides de su vida, ora por acuso de recibo de algún libro por parte de ella. Yo mismo tengo, entre otras más circunstanciales, una larga carta, sin fecha, en la que saluda, con encomiásticos comentarios, la aparición de mi libro «Horitzons i Rutes».

Es preciso registrar también la relación que tuvo con los hombres de «La Colla de Colón», la célebre peña literaria que se reunía diariamente en el que fue «Café Colón», de la Plaza de Cataluña, de la que tanto habla José Pla en su celebrado libro «Un senyor de Barcelona». El único superviviente de aquella «Colla», es el «Mestre en Gai Saber» Mosén Ramón Garriga, que, a partir de la mitad de su prolongada vida literaria, ha ido popularizando su, digamos, sub-nombre «L'Ermità de Samalús», por residir desde entonces en un apacible rincón del pueblo de dicho nombre. Dos veces, me decía hace poco Mosén Garriga, los de la «Colla» fuimos, en excursión literaria, a visitar, en La Escala, a la insigne autora de «Solitud». En una de estas visitas, los visitantes le ofrecieron un libro de homenaje con sendas composiciones de todos los de la «Colla». La colección de los libros, de carácter anecdótico, que en semejantes oportunidades editaba la «Colla» (y que no se ponían a la venta), es hoy una rareza bibliográfica muy difícil de hacerse con ella. Víctor Catalá, gentileza por gnetileza, solía corresponder a los homenajes con algunas líneas de lírica cortesía. Al hoy superviviente de la «Colla», antes aludido, le dedicó una cuarteta, que, con su equiescencia, vamos a registrar para que quede constancia de ella. Dice así:

«A l'excels Poeta (amb majúscula)
Mossèn Ramon Garriga.

Pur rossinyol de nostra terra,
font d'harmonies ancestrals,
que ha retrempat tota desferra,
fornint-li ajócs celestials.»

La prensa de la región y de todo el ámbito nacional, con una rara unanimidad, se hizo eco de la desaparición de la ilustre escritora. «Canigó», de Figueras y «Destino», de Barcelona, le dedicaron muchos números casi completos; «La Estafeta Literaria», de Madrid, le consagró las primeras páginas de su edición del 12 de febrero.

«Víctor Catalá — escribía Arturo Llopi — ha sobrevivido a Catalina Albert». Frase lapidaria reveladora de la perennidad de un nombre.

Por fin, al ponderar la influencia que Víctor Catalá ejerció en el campo de nuestras Letras, dice Octavio Saltor, y con estas palabras vamos a cerrar nuestro artículo: «Ha sido la relevante amistad de Víctor Catalá uno de los más poderosos estímulos de muchos intelectuales de nuestro país...».

CAMILO GEIS, pbro.